

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 216

Sevilla—Miércoles 23 de Septiembre de 1903

AÑO XXVII

Dos estadistas á su modo

Mucho se ha escrito y se escribe á propósito de la retirada de Silvela, que se corta el pelo, proclamándose á sí mismo fracasado y hombre inferior para gobernar á un pueblo; y, sin embargo, el motivo de su retirada es precisamente por considerarse una inteligencia superior.

Silvela quería mucha Marina, mucho Ejército, un presupuesto grande y nuestro ingreso en el concierto europeo, y naturalmente, los españoles faltos de hierro, analfabetos en gran mayoría y poco apegados á ciertos problemas, no le hemos entendido, y nos tenemos que consolar con la pérdida del eminente estadista y renunciar, ¡ay!, para siempre á las grandezas que nos hubiera dado á manos llenas hombre de tan extraordinarios talentos.

¿Qué va á ser de nosotros, entregados á un Villaverde cualquiera para andar por casa, sin atreverse siquiera á asomar la cabeza á la puerta de la calle, porque no le roben los garbanzos del puchero ó no le salga bien la cuenta de la cocinera, que distribuye en montoncitos para no equivocarse?

Esto para las atenciones de la Iglesia, porque está apasionado. Esto para los funcionarios públicos de todas clases, condiciones y categorías, incluso la policía. Esto para pagar los intereses de la Deuda, ¡nada tan sagrado! Es preciso á los papelistas devolverles el capital prestado con su interés y los naturales emolumentos, crecidos y todo, porque al fin nos hicieron un gran servicio cuando la guerra, prestándonos el dinero á todo riesgo, aunque con las más sólidas garantías. Esto para las clases pasivas, carga de justicia de la nación, de que no se puede prescindir. Esto para entretenimiento del ejército y de la marina, que se empleará en salvas, en ejercicios y en maniobras, sin un verdadero plan, pero lo esencial es hacer ruido. Esto para recaudar los impuestos y contribuciones. Así ya quedan todos contentos, porque hemos atendido á las necesidades de la economía casera, y me sobran unos céntimos, con los que naturalmente me propongo atender á las exigencias de los *Cantneros* que acaparan el papel de nuestra Deuda y aumentan considerablemente sus activos.

¿Que no se bonifica el contribuyente?
¿Y qué importa?

Que en España no hay justicia, ni administración, ni se fomenta la industria, y decae el comercio; que la agricultura no puede con la carga; que la moral está abandonada, la vida social entregada con la honra y los bienes de los ciudadanos, á policías venales y prevaricadores; que existe un ministerio de Instrucción pública ni más ni menos que si fuera un negociado de enseñanza de un villorrio.

Todo esto nos tiene sin cuidado; aquí hay que ir á todo trance á la nivelación de un presupuesto al servicio de las entidades arriba enumeradas y á procurar el saneamiento de la moneda en beneficio del Banco, de las grandes sociedades, de las empresas monopolizadoras y de los afortunados prestamistas.

Silvela, en sus sueños de grandezas, nos ha puesto en ridículo fuera, viéndose precisado á huir, avergonzado de su propia obra.

Villaverde nos cierra todas las puertas después de dejar vacías nuestras arcas.

El primero confiesa sus yerros, pero el segundo nos aprieta los tornillos, dejándonos limpios de moneda, pero desnudos también de toda aspiración progresiva y moderna.

Pobres y solos. Desbalijados y aislados.

¿Cómo hacerlo? Dando á Villaverde el pasaporte.
No queda otro recurso.

A. A.

Murmuraciones

Decía D. Antonio Cánovas, en una reunión de confianza, en la que se despellaba á Silvela y demás aspirantes al generalato conservador:

—Cuando yo me muera habrá que colgar los balcones para celebrar lo que va á pasar.

La ingeniosidad de aquel distinguido hombre público no se ha llevado á efecto todavía, pero no es por falta de ocasión, sino porque él, antes de morir, nos dejó sin colgaduras que poner.

La ocasión para adornar los balcones con colgaduras ha llegado.

—¿Qué es lo que va á pasar aquí?—se pregunta la gente.

—¡Nadal...! Lo que quieran en Palacio. La incógnita de esta situación está allí dentro.

En Sevilla ya ha comenzado á sentirse el movimiento político-escandaloso de Madrid.

Como cosa del otro jueves, los periódicos informadores dan la noticia de que el señor marqués de las Cuevas del Becerro, cuñado de Polavieja, ha presentado la dimisión de vicepresidente del partido conservador sevillano.

Este señor, como político, nunca ha sido nada, ni ha servido para otra cosa que para velar por la fortuna de la familia, quitando y poniendo ayuntamientos rurales... que en eso de quitar y poner ayuntamientos entra por mucho que sean buenas las cosechas.

Cuando un ayuntamiento es amigo, las tierras de labor de primera clase contribuyen como de tercera, y esto ayuda á vivir y da para gastar con ostentación.

No obstante que este señor marqués no es otra cosa que un político de ocasión y por compromisos ó imposiciones de familia, á su actitud hay que darle importancia... y allá van los redactores de *El Noticiero* á celebrar conferencias haciendo de Morote de baratillo.

Los sevillanos íbamos á vomitar los pimientos asados que nos sirven para cenar si no nos enterábamos de lo que piensa el señor marqués.

Y efectivamente: el señor marqués no piensa en nada.

Contrariedades sufridas en esta casa de vecindad que se llama Sevilla, en donde la Diputación provincial es una especie de camarote de taberna en donde se reúnen los amigos para contar cuatro chirigotas y arreglar los predios rústicos que han de dar á la familia los gastos del año.

¿Y dónde me dejan ustedes al señor Gobernador de la provincia?

Lean esta noticia consoladora:

“A última hora de ayer tarde visitó el Gobernador civil á D. Eduardo Ybarra, en su domicilio, cambiando impresiones sobre la política general y local.”

¡Así! El señor Gobernador va á ponerse á las órdenes del Sr. Ybarra, como si fuera un guardia municipal.

Parece que lo estoy viendo.

—Pase usted recado.

—¿Su nombre?

—El señor Gobernador de Sevilla.

El criado:

—El señor Gobernador.

Una voz dentro:

—¡Que espere!

El señor Gobernador de Sevilla en la antesala:

—¡Y que sea uno marqués de Montesa para esto!

Al entrar el señor Cobán en el Ferrol, la banda de música tocó la marcha real.

Ahora me explico los viajes del ministro de Marina.

¡La está dando de rey del alquitrán por esos mundos de Dios y por esos arsenales del Estado!

Aunque se dice que Maura se va á marchar con Silvela, la noticia, según dicen, no se confirma de veras. Dice Maura, y es muy cierto,

que el descuaje ya se acerca, y como él es quien descuaja, debe estar á la piqueta

El Globo, hablando de los que se van:

“Parece que un extraño sortilegio ha encantado las manos de estos hombres. En ellas, la verdad truécase error; los buenos propósitos intentos desatinados; los mejores deseos, fracasos ruidosos. Al cabo, Silvela tiene razón, y hay en su atrición dolorosa una extraña sinceridad que detiene la pluma acusadora... No debe gobernar quien no sabe.

Y Maura no sabe. Cuando quiso poner en paz los partidos locales de Cuba, encendió la guerra civil; cuando quiso imponer el principio de autoridad, relajado en España, nos ensordecó con motines y manchó con sangre las calles de Salamanca y de Madrid, de Infiesto y Vigo; cuando quiso ganar unas elecciones, tomándose buena delantera de meses para prepararlas, las perdió, y cuando quiso hacer una escuadra y una alianza y una conquista, engrandeciéndonos, tropezó con la pequeñez del dinero escaso, y cayó.”

Y cuando quiso hacer el descuaje, se descuajó él, yendo á parar desde el ministerio de la Gobernación al oratorio de su casa.

Maura y Silvela, los dos talentos supinos del partido conservador, los eternos desposados con D.^a Antipatía Popular, derrotados por Villaverde: como si dijéramos, por un vendedor de melones.

Y apropósito de Villaverde.

Cuando este señor abandonó á D. Antonio Cánovas, este ilustre malagueño dijo delante de testigos:

—Yo le he buscado mujer rica y lo he casado. Yo lo he elevado desde policía cruel á ministro. Yo lo he hecho, siendo una persona insignificante, grande hombre, ó, por lo menos, hombre conocido. Lo único que no he podido hacerle es... ¡agradecido!

Y ahí está Silvela, que puede, en la presente ocasión, testificar.

Y apropósito de Silvela.

El Liberal de Madrid publica hoy otra conversación con D. Francisco.

De dicho trabajo son los dos párrafos siguientes:

“Y á los que dicen y aseguran que volveré sobre mi acuerdo, me limito á replicarles que me conocen mal y me juzgan superficialmente quienes crean que puedo modificar mi actitud, después de haber experimentado tan innegables desengaños con las personas, y tan evidentes equivocaciones en mis combinaciones políticas.

En tanto los actuales compromisos subsistan, mi vida la distribuiré entre las Cortes, el bufete y mi biblioteca, en la que por fin me recluire cuando, caídos los conservadores, recobre mi libertad y me aleje para siempre de estas odiosas ó inaguantables impurezas.”

¡Qué redomada hipocresía!

El mal olor no ha llegado á la nariz de D. Francisco hasta que, después de serlo todo y de gozar de todas las prerrogativas para poder ganar pleitos de gran entidad, se encuentra rico, considerado, bien visto y ante la perspectiva de grandes responsabilidades.

Paco: ¡ya se conoce que no eres tonto!

En una sección de curiosidades leo que un profesor de la universidad de Chicago ha descubierto una sustancia alimenticia que hace crecer á los hombres y á los animales hasta doblar la estatura.

Doy aquí la noticia para que todos los chicos, lo mismo hombres que animales, tengan esperanzas de crecer.

Dice un colega republicano:

“Por qué la dinastía de Borbón, la que perdura en España, no ha mantenido tratos con la fortuna, perdiendo constantemente de su haber cantidades fabulosas, deparándole al pueblo español un debe espantoso, tan espantoso como la quiebra y la ruina?”

Dispensa, colega: no estamos conformes.

—Perdiendo constantemente de su haber?

—De quién son, entonces, los millones impuestos en el Banco de Londres?

—Del Papa?

—El Papa los tiene en otro sitio.

Receta fácil y segura para casarse gratis por la Iglesia, aunque parezca mentira:

“Un cura párroco de una iglesia de Madrid ha presentado en el Juzgado una denuncia manifestando que, habiéndose celebrado recientemente una boda en su parroquia, el padrino, apelando á ciertos medios, se había evadido de pagar los derechos correspondientes.

También se hacía constar en la denuncia que, al terminar la ceremonia, uno de los invitados comenzó á gritar:

—¡Que se ha vuelto loco el padrino!

En efecto, el padrino se hallaba, al parecer, loco; corría por la sacristía dando voces, y con cara tan amenazadora, que el cura y los monaguillos, temiendo ser víctimas de sus iras, se escondieron, quedando en poco tiempo la sacristía desierta.

Parece que se ha presentado la denuncia por haber averiguado el párroco que la supuesta locura fué una farsa para eludir el pago de los derechos.”

¡A todo hay quien gane, señor!

Yo le daba un premio á ese padrino.

¡Cuidado que es difícil salir de la casa de Dios sin pagar los oficios divinos!..

CARRASQUILLA.

Un caso de conciencia

Don Celestino Tranquilo, confesor de gran fama en Barcelona, se había retirado muy tarde aquella mañana del confesonario, vulgo *casita de madera*, como le llaman los jesuitas, y de dos zancadas se plantó en su cuarto, que estaba á dos pasos de la iglesia donde lavaba culpas y pecados en el santo tribunal de la penitencia.

Le abrió la puerta su ama de gobierno, mujer gordiflona, chata, bastante madura ya y que tenía fama en el vecindario de ser muy aficionada al aguardiente, cosa que jamás se pudo probar, no obstante el apestoso tufllo de anisado que de la boca y aplastadas narices de la *major-dona* salía con frecuencia.

—¡Qué tarde viene usted! Ya está el chocolate hecho un hígado... Pase usted al despacho, que estoy barriendo el comedor y hay una corriente que pasma.

Y mientras decía esto cogía el sombrero de teja y el manto del clérigo, no sin haberle echado antes en la cara dos ó tres tufaradas de aguardiente que hicieron volver el rostro á D. Celestino.

—Hija mía, no he podido venir antes. Han estado á confesarse las de Basquet, y como son ciento y la madre y tanto chiquillo...

—Pero, señor—dijo el ama levantando las manos—¿qué tendrán que confesar esas gentes todos los días?... Deben de ser peor que demonios... Yo con una vez al año tengo bastante; y eso porque usted me lo manda, que si no...

—Anda, anda; trae el chocolate y déjate de filosofías.

D. Celestino se descalzó, se puso unas zapatillas, se caló un casquete, se arrellanó en su sillón, restregándose las manos, y entró la chata gordiflona con el chocolate.

—¿No sabe usted lo que decían esta mañana en el mercado?...

—Alguna barbaridad, sin duda. ¿Qué decían?

—Pues que el nuevo Papa era *flamason* y que estaba vendido á los judíos para entregarles San Pedro de Roma por dos millones. No, si á mí cuando me eligieron á ese hombre no me dió buena espina... Ya ve usted, ¡un Papa que toma duchas todas las mañanas! ¿Cuándo se había visto una indecencia así en un Padre Santo?...

D. Celestino sorbió la jícara con fuerza y, dejándola en el plato después de haberla aclarado con agua que se bebió con gran fruición, dijo limpiándose los labios con su pañuelo de color:

—Parece mentira que semejantes dis-

parates tengan acogida entre las gentes. Bueno; déjame, que tengo que escribir.

—Sí, sí; usted lo toma á juego. Si lo que le he dicho á usted antes sucede, que sucederá, ¡adios misas y limonas! Porque una vez que los judíos hagan de papas, mandarán que todo el mundo se confiese en un agujero hecho en la pared, que es como ellos lo hacen...

—Calla, calla, que no dices más que desatinos.

Y, bajando la voz, añadió entre dientes:

—¡Dichoso aguardiente! ¡Lástima no reventaras con él!

Iba á contestar con muchos bríos la *majordona*, cuando sonó un timbrazo en la puerta.

—¿Quién será?

—Ve á verlo y lo sabrás.

La chata salió, y D. Celestino, elevando los ojos al techo, murmuró:

—¿Qué cruz, Dios mío, es esta mujer!

Al poco rato penetró la devota del aguardiente con una tarjeta de color de rosa en la mano, oliéndola y con aire muy displicente.

—Es una que viene muy compuesta, con muchos olores; dice que necesita hablar con usted y que le dé *esto*, y como yo no sé de letra...

—Ni falta que te hace; trae.

La tarjeta decía: Berta Miró.

—No la conozco; qué pase. Anda, mujer, ¿qué haces ahí parada?...

—¡Ya voy! No puede una ni respirar siquiera.

Y asomándose á la puerta del despacho, gritó:

—¡Que pase usted!

Apareció en la puerta una joven rubia, vestida de negro, con elegancia y sencillez, y despidiendo un sutilísimo olor á violeta. La *majordona* la miró de reojo y se fué murmurando:

—¿Quién será esta tía?

—¿El padre Celestino?...

—Servidor de usted, pase y tenga la bondad de sentarse.

—Gracias.

—Usted dirá en qué puedo complacerla.

—¿Estamos solos?...

D. Celestino sintió una punzada en el corazón y un escalofrío le corrió por la espalda. —¿Qué querrá esta mujer?—decía. —¿Acabará por pedirme dinero?

—Puede usted hablar con toda libertad—y al decir esto se levantó y cerró la puerta.

Si el buen cura no hubiese estado tan aturdido, hubiera notado enseguida que las puntas de los zapatos de la *majordona* asomaban por debajo, acechando con su oído de liebre toda la conversación.

—Pues vengo á consultar con usted un caso de conciencia. Con este objeto he ido á la iglesia y ya no estaba usted allí; el sacristán me ha dado las señas de su casa, y perdone usted que me haya tomado la libertad de venir á molestarle.

—Nada de eso, hija mía; para eso estamos los sacerdotes. Diga, diga.

—Es horroroso lo que me pasa. Hace días que me sigue á todas partes un hombre que asegure estar loco por mí. Tengo necesidad de hacer un viaje por mar, por motivos de mi profesión, que no hace al caso; tomo el billete, y quién dirá usted que es el capitán del buque?...

—No acierto á... —

—Pues mi perseguidor callejero. Está tan trastornado, este hombre que me ha dicho que, si no le otorgo... mi cariño, cuando estemos en alta mar hará zozobrar el buque para que nos ahogemos todos...

—Si no pide más que el cariño, finja usted que se lo tiene y... —

—¡Quiá! He dicho *cariño* por no decir otra cosa.

—¡Válgame Dios! Si, sí, ya comprendo.

—¿Qué haría usted, padre, puesto en mi caso?...

—¿Yo?... ¡Dios me libre!

—No, es una suposición.

—Ya, ya.

—Vamos á ver, ¿qué haría usted?

—Hija, me pone usted en un aprieto. No sé qué decirle. Lo que el capitán pide á usted es un pecado terrible; pero la vida de los tripulantes vale mucho.

—Eso digo yo: que vale mucho.

Don Celestino se rascaba la nariz y las cejas, no sabiendo por dónde salir. Los

moralistas que él había estudiado no habían previsto aquel caso de conciencia.

—Pero, ¿está segura que ese capitán hará lo que dice?

—Segurísima; está loco, padre, loco completamente.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Y qué hombre!

—Yo no quiero ofender á Dios, padre.

—Ese es su deber, hija mía.

—Pero tampoco quiero que por mi culpa suceda á tantos inocentes como irán en el barco una desgracia semejante...

—Una idea: suspenda usted el viaje.

—Imposible de todo punto.

—Pues, hija mía, en ese caso, póngase en manos de Dios, y cuando llegué el momento de... resolver este conflicto, El la inspirará. No se me ocurre otra solución. ¿Qué dice usted?...

—Nada; si no hay otro medio, haremos eso. Ya le mandaré á usted, desde el primer puerto que hagamos escala, un cablegrama...

—¿Un qué?...

—Un parte por cable, diciéndole el resultado.

—Si, sí, se lo agradeceré; me ha dejado usted intranquilo. Yo la encomendaré á Dios.

Tres días después don Celestino recibió esta parte:

—Celestino Tranquilo. Barcelona.—*La tripulación se ha salvado.*—Berta.

—¡Alabado sea Dios! ¡Y qué peso se me ha quitado de encima!—exclamó el buen clérigo.—Este caso de conciencia no podría tener otra solución.

Y se marchó á la iglesia tan tranquilo.

IRAY GERONDIO.

Croniquilla

MURGAS

Ahora resulta que debemos entristecernos por la retirada de Silvela, en lugar de batir palmas y lanzar olés. Y, claro es, por más que *La Epoca* y el conde de Buena Esperanza, dos tonterías conservadoras sin entidad verdadera, han votado por el llanto, nosotros lo hacemos por la risa. Está nos contrae los intestinos y sus círculos adyacentes. ¡Cómo no, si tenemos en Sevilla, entre otras cosas productoras del contento, á los ligeros cazando votos en sacristías y tabernas, con merma de su bolsa y menoscabo de la moral católica, apostólica romana, conservadora y borbollística; á dos compañías de teatro actuando y á otra en puertas, procedente de la Caleta y el Limonar; y, sobre todo, á la *murga gaditana del siglo XX*, que dirige D. Francisco de Llame, una especie de D. Francisco de Quevedo en ese género de tangos y *potpourris* de música animada y letra picaresca!

¡Llorar porque Silvela se lleve á casita la mohosa daga florentina de los debates parlamentarios, cuando nos cantan los artistas que dirige el amigo Llame aquello de

“el inglés tomó por saco...”

es cosa poco menos que imposible!

Llorar, no; reír y reír á todo trapo es lo que hace falta ante las jeremiadas con que nos atormentan, mintiendo, unos cuantos señores, por la retirada del más fúnebre de los políticos españoles.

Si fuese cosa de que Marina Gurina abandonase la escena desde la que luce con su voz espléndida su espléndida hermosura é incomparables simpatías personales; si por acaso se hablase de que se la iban á cortar *Bombita*, *Machacato* ó algún otro *astro* coletudo; si proyectasen los de la *murga gaditana del siglo XX* irse á sus respectivas casitas, comprendemos el lloro; pero suspirar hondo porque Silvela abandone *los destinos de España*, de que él habla con jactancias de estadista barato, es por demás incomprensible.

Esas son músicas de murga conservadora, y, para murgas, preferimos la graciosa del *Siglo XX*, que dirige el amigo Llame, el cual no estará llamado, como lo estuvo Silvela, á regir los destinos de la patria, pero tiene sobre el político malagueño la suerte de agradar con los suyos á públicos numerosos, y no perjudicar los intereses nacionales, “ni torcer

el curso de la historia de España,” de que nos habló un político de altos vuelos en momento solemne.

Así, pues, debemos llamar murga inarmónica al clamoreo conservador que ha levantado el acto de D. Francisco; y en esa murga, como en la gaditana del *Siglo XX*, que ahora entretiene á los sevillanos con sus tangos picarescos y animados *potpourris*, hay tipos cómicos que producen la hilaridad.

Y conste que no es alusión á las frases del conde consorte de Buena Esperanza, ni siquiera á los suspiros del joven diputado Sr. Cañal. Unas y otros los hallamos muy en su lugar, muy propios en dichas personalidades.

Pero para murgas, ya lo hemos dicho, *la gaditana del Siglo XX*. La de la retirada de Silvela es pitable.

X.

Obra notable

Gramática Francesa ó Método Práctico Teórico para aprender á leer, hablar y escribir correctamente el idioma francés, por Joaquín García-Bravo, doctor en Filosofía y letras.

Este método, basado en la conveniente distribución de la teoría gramatical, dosificada, por decirlo así, y acompañada de una práctica constante y hasta excesiva, si excesiva puede ser alguna vez la práctica, cumple admirablemente los fines para que ha sido escrita y su empleo resulta de innegable utilidad para los profesores.

Forman su primera parte ó primer curso la *Prosodia* y la *Analogía*, unidas á un *Arte de traducir*, cuya ausencia se echa de ver en todas las obras de esta clase y cuyo conocimiento es absolutamente necesario para todo el que quiera traducir fielmente las obras literarias de la nación vecina.

La *Prosodia*, que es indudablemente la más extensa y ordenada que se ha escrito hasta la fecha, va acompañada de ejercicios prácticos de tanta utilidad que en ocho lecciones aprende el alumno á leer correctamente, sin que en ningún caso pueda ofrecerle duda alguna la pronunciación de una letra, sílaba ó palabra. Las reglas prosódicas expuestas con gran claridad y precisión, y los ejercicios prácticos sirven para grabar aquéllas en la mente del alumno.

En la *Analogía*, al mismo tiempo que se va haciendo un estudio paulatino de las partes de la oración, se ha incluido en cada lección un tiempo de un verbo regular y otro de los auxiliares, á fin de quitar aridez al estudio de la conjugación. De este modo se logra que, cuando el alumno empiece á estudiar el verbo, conozca ya la conjugación regular y tenga solamente que fijar su atención en la clasificación de los verbos irregulares y en el estudio de los mismos, que es completo en esta obra, pues contiene todos los irregulares del idioma francés. La teoría referente al artículo partitivo y su relación con la partícula *en*, que es de tan difícil conocimiento para los españoles, está explicada con claridad asombrosa, y las reglas de formación del plural de los nombres contienen, en lo que atañe á los nombres compuestos, las últimas reformas dictadas por la Academia francesa. Llama también la atención la facilidad con que se adquiere en esta obra la práctica y uso acertado de las partículas *y*, *en*, consideradas como pronombre y adverbios, cuyo conocimiento resulta también tan difícil en otros autores.

En el *Arte de traducir* se dan apertadas reglas para la versión de prosa y verso y se exponen traducciones de ambas clases, para que puedan servir de guía. El segundo curso contiene la *Sintaxis* y la *Ortografía*.

La *Sintaxis* está estudiada con tal extensión que su conocimiento basta hasta para los que intentan hacer oposiciones á cátedras de frances. En ella se intercalan multitud de modismos, refranes y dichos que confirman la teoría, y que dan al alumno un conocimiento perfecto del idioma.

La *Ortografía*, aunque no basta para dar lugar á escribir correctamente el francés, cosa que resulta tarea poco menos que imposible, á causa del sinnúmero de excepciones que abarca, contiene, sin embargo, reglas utilísimas que no han sido incluidas aún en ninguna gramática francesa.

Finalmente, el primer curso está dividido en 70 lecciones y el segundo en 50, que comprenden 600 temas y profusión de frases, modismos, refranes, locuciones latinas y extranjeras más usadas en el idioma francés, y homónimos.

La Gramática y la Clave forman dos volúmenes de 440 páginas la primera, y 230 la se-

gunda, lujosamente encuadernados, y su precio es el de 10 pesetas los dos tomos.

E, además, la más recientemente publicada, y para su formación se han tenido á la vista la mayor parte de las obras de esta clase publicadas hasta el día.

Los pedidos, á D. Luis Tasso, editor, Arco del Teatre, núms. 21 y 23, Barcelona.

¿TOS? Jarabe UTOR

Últimos telegramas

(Retrasados por el mal estado de las líneas telegráficas con motivo de los últimos temporales).

Londres.—Los turcos han cometido nuevas atrocidades.

El día 12 arrojaron á un horno 18 niños y los quemaron vivos.

En Jarvan han sido asesinados 200 mujeres y niños.

Asegúrase que los cristianos asesinados en Monastir pasan de 2,000.

A fines de mes se reunirá la Asamblea liberal para elegir jefe.

Armijo entiende que deben existir las actuales organizaciones ampliadas con los elementos disgregados.

La jefatura no debe ser votada por mayoría, sino por aclamación.

Valencia.—En los alrededores de Benisuera cuatro enmascarados asaltaron al comerciante de vinos, de nacionalidad francesa, Mr. Dupon, disparándole varios tiros en el vientre, de cuyas resultas falleció en el acto.

Los criminales creían que Mr. Duput llevaba 200,000 pesetas, importe de algunas ventas que aquél acababa de realizar.

En la colonia francesa de esta capital ha producido dicho suceso honda impresión.

Zaragoza.—Los regantes del Urdan autorizaron á la Junta para que ofrezca una suma al Gobierno para las obras del pantano de la Peña, que se inaugurará el día del Pilar.

Se invitará á Gasset.

En Getafe un marido mató á su esposa que le reprochó su conducta licenciosa.

Villaverde ha desmentido que la Corte adelanta su regreso.

También ha negado que el Gobierno muestre abandono en la cuestión de los delegados por la estafa al *Cantimero*, pues lo único que podía hacer era instruir expediente para depurar la acusación.

Afirmó que el Gobierno obrará con energías.

Paris.—El gobierno francés ha declarado que mantendrá el *statu quo* con Marruecos, limitándose al castigo de los moros que atacaron á las tropas argelinas.

Estas se colocarán en situación defensiva, pero no invasora.

Londres.—Figura como candidato á la cartera de Negocios extranjeros el actual virrey de la India.

Antequera.—Un redactor del *Hevaldo* celebró interview con Romero, en el Romeral.

Ha conocido por la prensa la decisión de la retirada de Silvela.

Lamentaríalo profundamente y trabajaría para disuadirlo.

Dice que lo patriótico en las presentes circunstancias es conservar todos los prestigios y hasta las organizaciones, aunque defectuosas, hasta que vengan otras y otros prestigios.

San Sebastián.—San Bernardo ha negado que Villasinda no pudiera tomar parte en la conferencia del Haya por faltarle documentos.

La conferencia no se ha celebrado. Ha desmentido la supuesta pérdida del protocolo.

Este se ha tramitado en Washington, interviniendo por su ministerio el representante de España.

El gobierno ha negado que estén acordadas las cesantías de algunos de los delegados suspensos.

Paris.—En el litoral se han dejado sentir fuertes tormentas, originando varios naufragios.